

Pipera

- ¡Maestro, me dé un cartucho!
- ¿Grande o pequero?
- Una perra chica tengo.
- Entonces pequero.
- Usted verá.
- Ahí va.

El pobre chico, ¡pobre!, se va un tantico desconsolado con su cartuchito de pipas pequeño, que sabe él que se le va a acabar antes y con antes, según le dice, chinchando, su hermana que por ser más ahorradora ha podido comprar uno de los grandes, de los diez céntimos o perra gorda. El pipero que ha leído en su cara la aflicción, ha dejado, sin embargo, caer un puñado de pipas de chorrá, y ha abierto un poco el cartucho con la mano para que quepan algunas más, y, además, ha puesto de propina dos chufas en medio de las pipas para que el crío se regoce en el hallazgo. Sabe el pipero que las almas puras de los niños no aspiran a júbilo mayor que el que les reporta encontrar algo que no buscan, y de ahí la alegría que reciben cuando el cartucho de pipas que les entrega a cambio de la pequeña moneda de cinco céntimos, que apenas si puede cogerse con los dedos, aparece la carne arrugada, molluda y seca de una chufa, de una chufica.

El pipero o la pipera son de oficio ambulante. Calle arriba y abajo se les ve caminar con su cesta al brazo, y se establecen en aquellos lugares adonde más acude la chiquillería, principalmente a la puerta de los colegios, en las placetas, en los jardines, en las entradas de los callejones sin salida donde juegan las niñas a la coroneja, al corro o al pillao, y los chicos, a la una la mula, al guá, a los tacones o al pijotón.

A veces el pipero ha de aguardar pacientemente a que los chavales se decidan a arremolinarse en torno al puesto, y como unos llevan "perras" y otros no, ha de estar atento, muy atento, para que no hagan dos la pared mientras un tercero mete la mano entremedias para llevarse de guagui un puñado o varios en los bolsillos, que ya se sabe que de siempre el deseo aviva el entendimiento de los rapazuelos. A la salida de clase, el pipero hace su negocio principal; a la entrada no, porque son legión los maestros que si pillan a uno comiendo le embargan las pipas. Pero son éstas tan tentadoras y pegajosas que se sabe de más de un maestro embargador que en trance de explicar en el encerado, de espaldas al auditorio, la lección, parte con sumo cuidado de no hacer ruido la cáscara, se come el grano y luego pone el sobrante en la chaqueta con mil equilibrios para que no le vea el alumnado. Cuando al acabar la clase, quiere el maestro entregar el fruto del embargo al chico, resulta que en su bolsillo no queda más que papel a secas, cartucho vacío, y entonces, cogido en el mismo pecado que penalizó, el maestro no tienen más remedio que entonar el mea culpa y darle al chico una perra gorda y un cariñoso cachete.

Pero no se culpe a los críos —ángeles del cielo, diablillos de la tierra— de comer en exclusiva los varios sacos de pipas que "caen" en Murcia cada día. Ni hablar del peluquín. Porque aquí, en esta tierra nuestra que piensa con el estómago, son muchos los adictos al narcótico de la pipería, dulce exorcismo que libera y exonera de vicios mayores. En Murcia —lugar donde siempre se come algo— se verá comer pipas en las plazas públicas, donde a ninguna criada le falta su buen cartucho, cuyo contenido comen con ritual mágico mientras vigilan a los chavalones a su cargo; también se verá

comer pipas a las parejas de novios a la vieja usanza, ésas firmes parejas que para mantenerse en pie, sin caer, no necesitan cogerse, entreverarse, lo que igual viene a probar que la juventud actual es más patosa y traspiesuda; y se verá también, cómo no, comer pipas a los clérigos durante su cotidiano paseo por el sinfín anguilado del Malecón; y a los veraneantes de la Glorieta —sobre todo a éstos—, que mal de su grado, la verdad sea dicha, se quedan en la ciudad para gozar (es el argumento que esgrimen para consolarse) de las noches sin demasiado tráfago humano en torno a la fuente que de cuando en cuando babosea con su lengua húmeda la fachada consistorial para que los ciudadanos vean —si quieren y pueden— con mayor diafanidad los asuntos municipales. Para éstos últimos, para los veraneantes anclados en la ciudad, ahora llamados rodrigueces, tener a mano un cartucho de pipas es poco menos que obligado, es tanto como decir el cigarrillo social aunador de voluntades de las reuniones de los ejecutivos. Lo primero que se ofrecen ellos, al encontrarse, es el cartucho de pipas:

— ¿Quieres?

Si se responde no, se ofende al oferente. Si se responde sí, la droga de la tertulia piperá irá paulatinamente mondando los entresijos de los reunidos. Luego de un buen rato de charla se verá levantarse a quien titubeó a la hora de coger las pipas que se le ofrecían, preguntando mansamente, con ojos viciados:

—¿Saben si hay por aquí cerca un piperero?

A la mañana siguiente, los basureros tendrán no poco trabajo, les costará no poco esfuerzo extraer las cascarillas de entre las juntas de las losas. Y otro tanto ocurrirá al maestro jardinero que quiera tener su predio reluciente como una patena.

Así y todo, la familia más pipadicta de todas es la de la alta burguesía murciana. Acaso sea en las viejas y envejecidas casas empapeladas de papel francés oscuro, con ventanas a una placeta y sillones de terciopelo chafado, donde más pipas se coman. En torno a la mesa camilla, en los fríos días invernales en que la humedad ambiente se aposenta y apodera de los huesos y reclama la dicha tonificante del brasero, se reúnen las viudas, las casadas desocupadas, las solteronas, las amigas del bien social. Toman primero chocolate con picatostes o con churros o con galletería de marca; o bien un cafetito de Guinea bien envuelto en achicoria por aquello del bazo enfermo; otras prefieren el té inglés en taza de porcelana imitación antigua (de las que se obtenían echando unos duros en la ruleta de las tómbolas feriales); y toman luego el vasito de agua con bicarbonato y limón; y más tarde, a medida que la conversación deambula de un barrio a otro, de un cuitado a un tahúr incorregible, las mujeres van lentamente devorando el tiempo con su cartuchito de pipas en la mano, esas manos blancoperladas, de uñas claras y no demasiado largas, que litúrgicamente van aproximando a la boca diminutas pipas, depositándolas entre los dientes menudos, sin soltar, en espera de que con gran escrupulosidad y dominio del estallido partan, rompan, entreguen el saladito fruto, a fin de recoger las cáscaras para ponerlas bien ordenaditas en un cenicero de vidrio virgen de cenizas. ¡Ay qué tonificante modorra la de las tardes murcianas en torno a un brasero donde no faltan mujeres enlutadas con su cartucho de pipas! Todo discurre lentamente, con método, con orden, con prosopopeya de ritual, y si algo sobresalta la tarde, ese algo no es otra cosa que la regia mano de la señora tirando de la banda forrada de la campanita que alerta al servicio:

- ¿Llamaba la señora?
— Sí, hija, sí, acércate al Romea a ver si está el pipero, y te traes dos cartuchicos más.
— ¿De cinco o de diez céntimos?
— De diez, claro.

Pero el Partenón de las pipas siempre tuvo en la ciudad tres sucursales al servicio del buen desgustador: El Teatro Circo Villar, el Cine Popular y el Salón Vidal. Pero habría que decir eran porque, salvo el primero, ya no son más que ceniza en el recuerdo. El pueblo ha sido privado de su foro, aquél al que iban democráticamente a desahogarse, cosa que hacían comiendo pipas mientras la mona Chita y Tarzán se columpiaban en las lianas, y los americanos vencían a los indios, y el apuesto Tyrone Power cabalgaba en un blanco corcel desierto adentro para salvar a no se entendía bien si la amada o a la hermana del yugo de los tiranos. Y en tanto esto ocurría, los pies de los chavales —y de más de un adulto contagiado— secundaban las cabalgadas, compartían el riesgo de las aventuras, aplaudían a los héroes, pateaban a los "malos", avisaban de un peligro, ponían en guardia, sí, a los buenos, en tanto los cartuchos de pipas iban vaciándose y los asientos de madera cubriéndose de una densa nevada de cáscaras. Aquello sí que era espectáculo, aquello era ocio activo; una aventura vivida en común, un entretenimiento con el que el pueblo se exorcizaba cada tarde poniendo forros afuera a los más inocentes instintos de sus ánimas, de sus subdesarrolladas ánimas. Ahora ese mismo pueblo ha crecido —dicen que madurado— se ha hecho mayor, puede que culto, ha perdido la capacidad de asombro, se ha emborrachado con tantos exorcismos que la sociedad actual le depara; ese pueblo, ayer pateador, que era lo bueno, ya no patea, porque no está bien visto, las butacas alfombradas ni los suelos enmoquetados de los cines, ya no come pipas porque no se lo permiten los acomodadores de la democracia, ni grita a los "buenos" para que corran, para que huyan de los malos... ¿Qué pueblo es este insensible pueblo nuestro de ahora que ni grita ni patalea cuando los piratas pasan a cuchillo a la tripulación de un navío español que vuelve a la Patria repleto de oro? Es un pueblo que ha dejado de comer lo suyo: las pipas; para mascar tontamente lo impuesto: el chicle, que le ha venido de afuera, dictado por el consumismo insaboro de los yanquis. No sé si hemos salido ganando o perdiendo con el cambio. Seguramente perdiendo, porque mascar chicle, por mucho que este estire y explote en la punta de la lengua, estaréis de acuerdo conmigo, no es lo mismo que mascar pipas y arrojar las mondas a la espalda del que está delante para que viva en plenitud la emoción de la escena.

Parece ser que ahora ya no hay piperos. ¡Quién lo iba a decir! No hay piperos. ¡Qué pena! ¡Qué crimen! ¡Qué ingratitud! Y si alguno queda, más por inercia, más como reliquia del próximo pasado, ejerce ahora por lo "fisno", por lo fino, sirviendo a tutiplén esas estúpidas bolsas uniformes, uniformadas por la litografía, de plástico sellado con una grapa que ha impuesto el Código Alimentario o no sé que otro. Ahora el dictador ya nunca es una persona, es, por el contrario, un código, una norma, una entelequia con la que no puede razonarse porque la letra impresa de las legislaciones siempre lleva las de ganar. Antes, el dictador de la sociedad murciana era el pipero, él, y nadie más que él, era quien actuaba de Exorcista del pueblo, un pueblo precisado de relajamiento, y ay de aquél que no encontrara a tiempo al pipero que le sirviera su buena porción de droga de pipas, porque pulularía por la ciudad como un noctámbulo, preguntando en cada esquina: "¿.Han visto por aquí al pipero, al tío de las pipas?"

Alguno me tildará de "desajerao". No importa. El caso es que la ciudad toda estaba llena de piperos. Por algo sería. Unos eran viandantes, correteros que iban de un lugar para otro con su cestón al hombro y su banco de tijera y su silla de lona, instalaban su tienda portátil en un rincón, daban un par de voces y tan pronto como presumían abastecida a la parroquia, íbanse a hacer lo propio en otro cornijal, y así de un rincón al siguiente, servían a domicilio, y calcúlese los cartuchos que el pipero había de vender para llevar un jornal medianamente aceptable a casa, un jornal levantado céntimo a céntimo, uniendo calderilla a calderilla hasta hacer de ello una peseta. Y no hace tanto de eso. No. Apenas entre veinte y treinta aros.

Otros piperos eran sedentarios, de puesto fijo y esquina perenne. Entre éstos últimos abundaban los porteros y las porteras, oficiados que, luego de bien limpiar la escalera, se sacaban un sobresueldo poniendo un pequeño puesto a la puerta de la casa que atendían y así cuidaban a un tiempo el negocio y también la entrada de la finca. Había piperos con "capazón", como se ha dicho, y otros con carrito de ruedas. En éstos se podía encontrar más mercancía que en aquéllos, por razones obvias de peso. Entre las mercancías ofrecidas por el pipero no faltaba la principal, que daba nombre a su ocupación, y junto a ésta, como golosina de superior rango, la chufa, más, cara, menos accesible, más monótona de comer cuando seca, por eso convenía poner las chufas a remojar en un vaso de agua para que su reseo tejido se esponjara, entonces el sabor era dulce y delicioso y se comían a buenos puñados. Luego estaban los torraos y las avellanas, la regalicia mentada "rogalicia" y las níscolas y los altramuces dichos tramusos, flotantes éstos en un lebrillo vidriado de amarillo y verde. ¡Ay los tramusicos, quién no comía tramusicos! Esos tramusos rubios, dorados, relucientes de limpios y frescos, que iban de la lebrilla al cartucho de papel de estraza o de periódico y que se deshacían en la boca como sesicos.

El puesto del pipero era modelo de orden. Colocaba debidamente los capazos, en suave inclinación, para que se viera a la legua el contenido. La regaliz, no; la regaliz reposaba en haces, de los cuales extraía una tira el vendedor y cortaba tacos gordos o finos según demanda. El placer mayor de los chiquillos era comprar un buen taco de regaliz para metérselo a una níscola haciendo así una pipa de la paz con la que jugaba a aprendiz de indio. (¡Y aún hay quien dice que el cine no es vehículo de cultura!). Ciertamente, este género es un pegote en el puesto del pipero, porque la verdad sea dicha, quien más y mejor "rogalicia" vendía era el "tío de la rogalicia", (un mercader merecedor por sí solo de tratamiento aparte porque era la suya ocupación exclusiva). El "tío de la rogalicia" no vendía otra cosa que ese tallo leñoso de vaina oscura y carnaza amarillenta y jugosa que despertaba en los niños murcianos su dormida vocación de mamíferos, no de mamones.

¡Quién no añora aquellas salidas de misa de doce de San Bartolomé! ¡Aquellas mañanas festivas en que las señoras lucían sus mejores galas, y los maridos se llevaban caballeramente la mano a las alas del sombrero para saludar, y compraban el periódico y las revistas y los tebeos para los críos, y los tramusos, y las pipas, y las chufas, y los torraos "pa después de la comida, y..." Bien es cierto que luego quedaba la plaza alfombrada de tanta vaina. Bueno. ¿Y qué? Es que en esta plaza la gente tampoco se anduvo con demasiados remilgos cuando los caballos desfilantes en las procesiones dejaban tras ellos sus leñosos excrementos. ¿A qué cuento preocuparse de las vainas? Ya las llevaría el viento o las barrería a otro día el basurero que lo importante era

contentar a la prole, farolillo de la cual, la patriarcal figura del adulto también se permitía de vez en vez la licencia del pidoneo:

—Anda, dame una pipa, una sola, para probarla.

A partir de entonces, niño al fin, ya no había forma humana de alejarlo del cartucho.

Vender y vender, aguardar a vender, una perra chica de pipas, un minuto y otro más y muchos más, diez céntimos por aquí, cinco por allá, ¿otro para quién?, era la más de aburrido, así que el tío Pipas, felizmente determinado por El Pipas, a fuerza de estrujarse no poco el fantasioso caletre, dio en inventar algo con pátina nueva en el lugar, algo que le entretuviera a él y que entretuviera a los demás, algo que tuviera una "miajica" de sorpresa, de intriga y misterio, y si se quiere, de riesgo, y así fue cómo El Pipas inventó su juego de prestidigitante.

— ¿Pares o nones?

—Pares.

El Pipas agitaba en su gruesa mano el medio cuenco de coco moviéndolo como si llevara dentro un ascua que se la quemara. Era el dado, el dado milagroso que le ayudaba a ganarse honradamente la vida aunque alguien de cuando en cuando se fuera de la lengua y dijera que el Pipas gustaba de hacer trampillas. Pero un servidor, que conoció mucho al Pipas en su plenitud y en su ocaso, pone la mano en el fuego por él, asegurando sin ningún circunloquio que El Pipas no hacía más trampas que las que la bisoñez de los jovenzuelos le permitían, porque El Pipas vendía, si se terciaba, cartuchos por el sistema tradicional, pero tenía en el juego la base, la piedra angular, de su negocio; y, por tanto, lo orientaba principalmente hacia los mozalbetes, estudiantes de bachiller y universitarios, empleados y menestrales, amantes, en suma, del riesgo, riesgo, por otra parte mínimo, pues implicaba poco: o dejarse allí las perras e irse de vacío o acertar y llevar un cartucho de baracalofi, sin gastar una gorda.

— Salieron nones.

— Ya es gafamiento.

— ¡Qué se le va a hacer! Prueba otra vez.

— Va a nones.

— Salieron pares.

—Ya es casualidad. Es que el acierto me huye.

A veces se encarrilaba la suerte de la clientela y el Pipas pasaba veinte minutos sirviendo cartuchos de pipas sin ingresar ni una gorda en el cajón. Más no por ello perdía la compostura. Ca. Cuando se veía perdedor, El Pipas basaba entonces su negocio en el azar del doble. Si el muchachete apostaba diez céntimos a pares y acertaba le daba un cartucho de veinte; pero si perdía, pues nada, se iba con el bolsillo exonerado de peso. Con este sistema de recurso El Pipas ganaba más y perdía menos, aunque, claro está, el Pipas, de cualquier modo, siempre ganaba más que perdía, que si no vaya negocio. Por esta simple razón, el pópulo que diría Perico Flores, lo elevó a calidad de mito local, cosa que queda harto clara en la habitual exclamación: " ¡Tienes más suerte que el Pipas!" Frase que le valió al hombre su pasaporte a la fama, pues pasó pronto a ser considerado apóstol, patrón de los suertudos. El quid del misterio estaba en su mano

grande (que parecía la oreja de un paquidermo dada la fuerza con que abrazaba y golpeaba el medio coco). Cuando el dado caía en la palma de su mano, el Pipas, por el contacto, sabía si eran pares o nones, y, muy diestramente, lo revolvía, le daba la vuelta. Casi siempre acertaba en el cambio. Pero los chavales renegaban, se quejaban, decían que no, decían que el Pipas hacía trampas. ¿Tramposo el Pipas? De eso nada. El Pipas no usaba dados preparados, que eso eran habladurías de mal pensados, lo único que usaba era el tacto, o mejor dicho, la sensibilidad de su piel, que le permitía saber de inmediato si habían salido pares o nones, a fin de darle vuelta al dado, aunque a veces, no pocas, le fallara la intuición. Ese era su pequeño gran secreto, y así me lo confió un día en que yéndole yo ganando siete partidas al billar y aleccionado por mi buena estrella, decidí jugármelo todo a una carta con el Pipas, es decir, a un dado, y naturalmente, salió la baza contraria de la pedida; me estrellé contra su método.

El Pipas era uno de esos grandes pequeños hombres rebosantes de humanidad con los que da gusto hablar largo y tendido. No pocas cosas se aprendían oyéndole. Era grande de esqueleto y de humanidad el Pipas, tenía la piel curtida y vivía no sé exactamente dónde pero por el barrio de San Juan. Llegaba el hombre hacia las once llevando en el brazo su gran cesta de pipas y caramelos. Se instalaba en Trapería, en el esquinal de la Alegría de la Huerta que rompe con González Adalid, calle recta y estrecha, neverica estival para el paseo y la holganza en tiempos de poco tráfico. Allí instalaba su bípode de madera el Pipas y en él la cesta, y así aguardaba, incólume, de pie, a que se presentara la clientela. Pero si esta se hacía de rogar, el Pipas, de vez en vez, hacía sonar el dado en el medio coco para enguiscar a los remisos.

¿Pares o nones? —preguntaba luego con su voz atronadora.

Y era tal la gramática parda del Pipas que aceptaba apuestas simultáneas a ambas bazas con la seguridad de que no perdía, porque hacía venta con lucro seguro. El Pipas gozaba de grandes simpatías entre la población estudiantil, que probó luego, enguiscada por él, el azar que suponía jugarse una peseta para obtener o no unos Ideales. El Pipas comenzó a simples cartuchos de pipas, de ahí su apodo, cartuchos que llenaba con sus grandes y cordiales manazas, y acabó haciendo de todo, aceptando todo tipo de apuestas.

— ¿Un duro a pares o nones?

— Vale.

Sonaba el dado en el cuenco de coco, la suerte o la mala suerte estaba en marcha, indetenible el dado en su bailoteo azaroso. E, inmediatamente, pasaba el duro, de la mano del joven al bolsillo que en el cinturón, a la altura del vientre, llevaba el Pipas.

Un día llegó el Pipas a su esquina (nunca mejor empleado el posesivo) sin la gran cesta, sin su herramienta de trabajo, sin su tienda móvil.

— Oiga, maestro ¿y qué fue de la cesta?

— Me la jugué anoche.

— Pues ya es raro que la perdiera, jefe.

— Cosas más raras se han visto, hijo.

Cosas más raras, sí. Pero no lo era que el mozo ganador la devolviera por veinte duros. ¡A ver qué iba a hacer él con el cestón de las pipas! Así era el Pipas, un oficiante que se enriquecía en los días fastos y se arruinaba en los nefastos. Sin embargo, afirmase aquí que sus trampillas eran livianas y esporádicas, porque el Pipas dejaba resquicios abiertos a la suerte de la concurrencia, que de no ser así, de no ganar alguna que otra vez, nadie se arrimaría a "su" puesto. El Pipas vendía con juego de azar o sin él, con apuestas o sin apuestas, pero su principal afición su vocación, puede que su religión, era darle gusto a la mano grande que enarbolaba el coco relleno de dado, y mientras el hombre aguardaba la llegada de los pollitos de Preu contaba a cualquiera que se arrimara a su puesto con ganas de oír la aventurilla de un día en que lo iba persiguiendo un municipal porque había olfateado que vendía tabaco de estraperlo, y el pobre Pipas, según iba huyendo tropezó en las Cuatro Esquinas y sembró la Platería de pipas y caramelos, chufas y "tramusos". Pero el dado iba rodando y el Pipas corría detrás del dado, como alma que lleva el diablo, para que no se colara por una boquera, pero justo allí lo detuvo con un pisotón el guardia. Entonces, el Pipas, muy serio, porfiante, se quedó mirando al municipal y le hizo un reto.

— ¿La denuncia, a nones?

— A pares —repuso el guardia.

Primero levantó el municípe el pie. Después ayudó al Pipas a recoger su mercancía. Luego echaron a correr el dado, en el coco. Y además de condonar la multa, aún hubo el guardia de invitar al Pipas a un chato de vino anca el Yerbero.